
Prevención: tópicos para reflexionar

por Jorge Llanes¹

Alrededor de la problemática de las drogas hay numerosas perspectivas que, según sus propios intereses ideológicos o de otra índole, se privilegian unas frente a otras. Hay quienes piensan que una respuesta legal y policiaca debe tener prioridad para enfrentarla y quienes, porque consideran a los adictos como enfermos, que es desde el punto de vista médico asistencial que deben resolverse estos problemas. Otros que la prevención es lo primordial puesto que siempre es mejor prevenir que realizar intervenciones de atención posterior, considerando que las fórmulas de tratamiento y rehabilitación cuestan más a la sociedad, no sólo en recursos económicos, sino en dolor humano y conflictiva social. En fin, quienes estiman que sólo un ataque simultáneo en todos los frentes producirá en beneficio de la sociedad. Común denominador de todas las posiciones es la voluntad de resolver una problemática compleja.

Ante estas divergencias de criterio y enfoque, en la búsqueda de acuerdo sobre cuáles son las soluciones efectivas, poco a poco ganan terreno la reflexión y el trabajo de investigación sistemáticos, pues acumulan conocimiento eficaz para ir comprendiendo la naturaleza y las múltiples facetas de las adicciones, abriéndose camino para la resolútica de la problemática. Así, el avance de las neurociencias ha permitido comprender la adicción como el problema de un cerebro enfermo, despertándose la esperanza de encontrar soluciones biológicas de tratamiento. También se han ido desentrañando los meandros de la interacción del individuo y la sociedad tanto como los procesos culturales que dan significado y sentido al consumo de sustancias en distintos grupos y condiciones humanas. Se acepta que el consumo de sustancias es un ente social que ha acompañado y acompañará siempre al ser humano en su lucha contra la angustia, el dolor y en el anhelo de felicidad y de comprensión de condiciones espirituales tras-

centes. En el particular tema que nos ocupa —la prevención— el conocimiento ha permitido transitar en la adopción de políticas públicas desde posiciones puramente ideológicas a la toma de decisiones bajo criterios de racionalidad. Aunque no ha sido fácil dejar atrás las acusaciones de fallas morales y otros prejuicios sobre la conducta, al irse comprendiendo y explicando el fenómeno desde una perspectiva científica, se da peso a factores de riesgo que crean la vulnerabilidad psicosocial para que el consumo se vuelva una adicción y se complique para desembocar en padecimiento mental y/o delincuencia. Pese a que el conocimiento logrado no tiene una difusión generalizada y las medidas pertinentes para lograr la protección son poco conocidas y con ello, se ven reducidas las mejores prácticas de intervención, ciertamente van resolviéndose los problemas en contextos particulares, con mayor lentitud y fatiga de lo que debiera. Falta mucho para que las soluciones probadas se generalicen, para que las medidas preventivas que han probado eficacia sean las aplicadas por todos porque es necesario vencer antiguos paradigmas, es decir, lograr tener la flexibilidad que permita abrirse a nuevas experiencias y no seguir replicando medidas que han mostrado no producir resultados efectivos. Un somero análisis de algunos tópicos alrededor de esta situación es lo que nos proponemos aquí. El punto de reflexión general es cómo la ciencia y la tecnología procuran dar solución a los problemas de nuestra sociedad.

El uso de sustancias está ligado a la historia de la humanidad y que no puede ser eliminado porque es inherente al funcionamiento social y es efecto de una multicausalidad que implícitamente se identifica con la organización social misma. Esto le da persistencia por lo que no puede dejarse a su propia inercia el desenvolvimiento del fenómeno, pues en la actualidad son alarmantes —tanto como el consumo inadecuado de sustancias en sí mismo— los problemas asociados dado su impacto en múltiples escenarios sociales y los variados efectos sobre el individuo y la sociedad, cuya amplia gama va desde la detención del desarrollo humano pleno hasta los daños a la salud, y el aumento de la inseguridad y la criminalidad produciendo desajustes económicos y políticos. En este sentido, es inadmisibles que como sociedad aceptemos que el uso de drogas es un signo de los tiempos actuales y veamos crecer la criminalidad asociada y los efectos perniciosos del consumo inadecuado. Proteger a la sociedad implica aplicar las medidas para combatir la oferta de drogas y su demanda, mantener una activa dinámica para incidir en estos fenómenos y los múltiples factores intervinientes en su origen y desenvolvimiento. En prevención, afirmar que ésta es posible porque puede dársele una definición positiva y que, como hecho positivo, es susceptible de comprenderse, entenderse, explicarse y predecirse en sus consecuencias es un paso necesario para vencer resistencias al cambio y avanzar así en su mejor comprensión y desarrollo. Categóricamente dicho, podemos incrementar el contenido científico de la prevención y en consecuencia, generar tecnología social con estos propósitos preventivos.

Mejorar la definición de lo que se procura lograr es imprescindible para esclarecer resultados con alguna precisión y contribuir a que los programas de intervención se comprendan y se identifiquen mejor los elementos que contribuyen a dar resultados eficaces. Hoy día hay suficiente conocimiento y precisión en los términos, y posibilidades del uso del lenguaje conveniente para que no se confunda la intención de un programa preventivo. Por ejemplo, si a los ojos de un preventólogo puede ser encomiable que una institución policiaca logre mejorar la imagen de su corporación ante la comunidad, considerará, con razón, que no debe llamarse *prevención de adicciones* a los intentos de acercamiento de sus efectivos al público, aunque con ello logre incrementarse la *cultura de la denuncia del tráfico de drogas*, la que debiendo ser promovida, no debe denominar *prevención de adicciones* a tales exhortos, pues es darle una laxitud al término que acabará incluyendo todo sin precisar nada. Mejorar los significados y lo que se entienda por prevención descargará el término de la ambigüedad e imprecisión. Los adjetivos han ayudado a determinarla; decir prevención primaria, secundaria y terciaria coadyuva a comprender su referencia a niveles de atención, y los contextos de medidas de focalización son diferenciadas de mejor manera cuando se adoptan denominaciones de prevención universal, selectiva o indicada. Y no se trata de juegos de semántica, sino de definición de acciones, de saberes aplicados para el desarrollo de intervenciones preventivas efectivas.

Este punto de los saberes se impone como un tema crucial. El saber profesional de quienes estudian la prevención, la investigación de sus métodos, el diseño de materiales para hacerla más efectiva, etcétera, no debe confundirse con el saber práctico inherente a las acciones preventivas mismas. La prevención es una práctica que debe ser accesible a todos y son los investigadores y expertos quienes deben hacerlo, pasar de los señalamientos de qué hacer a cómo lograrlo de manera concisa, precisa y sencilla, de ser necesario ofreciendo los materiales pertinentes. La población no requiere saber termometría ni las fórmulas que permiten analizar las variaciones de temperatura en la masa líquida del mercurio, en un tubo capilar, para determinar si hay fiebre; basta usar un termómetro que es de fácil acceso. Así el enfoque científico y su actitud de innovación y desarrollo tecnológico proporcionan los elementos para lograr modelos preventivos eficaces, cuya difusión permitirá que individuos y comunidades realicen prácticas de prevención efectivas. La divulgación de la ciencia y su alcance entre las mayorías es el punto de reflexión.

Los estudios de investigación evaluativa permiten afinar las estrategias preventivas. En su realización deben involucrarse todas las instituciones que generan programas para la población con el fin de determinar, con base en evidencias, cuáles son las mejores prácticas preventivas. Este es un territorio donde no bastan las declaraciones de buena voluntad, pues, sin que éstas se desprecien, se requiere respaldo efectivo y vencer los obstáculos que impiden la introducción de la evaluación sistemática como inhe-

rente a la conducción de los programas. En Inepar hemos dedicado mucho de nuestro esfuerzo a mantenernos como una comunidad de aprendizaje, procurado que la investigación de evaluación en prevención se convierta en una piedra de toque de las estrategias preventivas que diseñamos; consideramos que descansar en hechos comprobados permite desactivar los conflictos entre posiciones ideológicas y neutralizarlos al permitir explicitar los fundamentos. Sobre todo, consideramos que la evaluación permite reducir la simulación y el desenfoco de las acciones preventivas. Hemos intentado que distintos grupos de expertos concurremos en que la investigación y sus resultados sean contribuyentes permanentes de la toma de decisiones sobre los programas preventivos. En alianza con otros organismos de la sociedad civil y dependencias gubernamentales, hemos procurado colaborar para sensibilizar a quienes toman las decisiones sobre políticas públicas a que se guíen a partir de bases más objetivas. Al clarificar sus marcos de referencia y enfoques metodológicos puede cumplirse con las normas mínimas para que los métodos y procedimientos cumplan los criterios científicos de replicabilidad y que los resultados de las intervenciones sean conocidos públicamente.

Sin duda que la investigación científica es palanca del desarrollo, cualquiera que sea la escala y temática. La prevención no es la excepción. Mantener una actitud propicia para la evaluación de los modelos y programas preventivos permite corregir a tiempo e innovar sistemas; acercarnos los elementos para renovar actitudes y proponer soluciones; diseñar tecnologías y mejorar los procesos institucionales, entre otras ventajas. Realizar estudios de evaluación sobre los modelos preventivos nos permite conocer cómo funciona la prevención, cuáles son sus componentes efectivos, bajo qué condiciones una intervención tiene mayores probabilidades de éxito, cómo hacer una mejor gestión administrativa de los programas, etcétera; en suma, incrementar la productividad del esfuerzo involucrado. Todo esto se conoce y se valora, pero con frecuencia sólo en el discurso, pues los efectos de la valoración no se reflejan en los hechos institucionales. Todavía falta mucho para vencer las inercias —burocráticas— donde la evaluación se reduce, si acaso existe, a la contabilidad de recursos, mera numeralia sobre presuntos beneficiarios y presupuestos para hacer análisis de costo/beneficio que nunca se publican. Y con pesar debe reconocerse que para la mayoría de las organizaciones que conducen programas de prevención, los esquemas de evaluación resultan atemorizantes más que motivo de empoderamiento y son temerosas porque la evaluación puede exponer la pobre calidad de sus programas, por lo que la evitan y no la consideran en su estructura funcional y como parte de su quehacer. Por ello recordaremos los primeros dos puntos de la Declaración sobre la Investigación de Evaluación en Prevención del Grupo Interinstitucional de Evaluación de Modelos Preventivos: 1) Es necesario mejorar los métodos y procedimientos de investigación en prevención y respaldar los proyectos destinados a ello en forma suficiente, pertinente y oportuna, tanto técnica como económicamente; 2)

Las metodologías de evaluación deben abarcar la más amplia gama de posibilidades: estudios longitudinales, tests antes y después, duplicación de experiencias, etcétera. Asimismo, diferenciar las evaluaciones de programas, materiales y modelos, y precisar el tipo y modalidad de intervención preventiva que realiza y evalúa (vg. información *versus* desarrollo de habilidades). También es necesario definir indicadores de éxito exigentes. Al final, la evaluación debe ser integral y aplicar métodos cualitativos y cuantitativos y ejercerse como un proceso continuo que arroje evidencias sobre los factores de éxito de la prevención".²

Debe recordarse que los agentes responsables de la evaluación no se restringen a los patrocinadores o autoridades que los permiten, sino que debe involucrarse a los promotores locales y a los beneficiarios. En este sentido, la autoevaluación de los participantes de base es un recurso para identificar los caminos más convenientes, de manera válida y oportuna, con frecuencia más importante que las sofisticadas evaluaciones de agentes externos.

Además de la producción del conocimiento, del desenvolvimiento de saberes científicos es relevante revisar el nada simple asunto de su transmisión. Transmitir el conocimiento de una forma confiable implica una enorme trascendencia para la prevención. Muchos modelos preventivos de excelente factura tienen exigencias de un saber profesional sólo accesible a especialistas que naturalmente son una minoría entre quienes realizan quehaceres preventivos. Basar en "especialistas que brinden servicios preventivos a la población" el éxito de los programas y planes de acción no sólo encarece la gestión preventiva a niveles tales que no hay capacidad presupuestal en ninguna institución para pagarla, sino que no se cuenta con tales especialistas que puedan satisfacer las necesidades de servicio existentes. Por ello dijimos antes que los especialistas deben hacer accesible la prevención: "hacer termómetros y ponerlos a disposición del público".

No debe olvidarse que uno de los puntos de éxito es la pertinencia en la aplicación de los modelos y los materiales basados en los programas. Es lamentable observar que, con frecuencia, se aplican los elaborados para otras culturas, meras traducciones; traiciones a usos y costumbres de nuestra idiosincrasia. Tampoco es infrecuente ver que se hace un uso extralógico de ellos; materiales hechos para la escuela se aplican en contextos comunitarios y viceversa. Sin duda, hacer prevención en uno u otro contexto tiene semejanzas, pero son justamente las diferencias específicas las que han sido tomadas en consideración para hacer más pertinente su diseño. Si bien las uñas pueden recortarse con cualquier tijera, siempre será pertinente realizar dicha actividad con un cortauñas, instrumento especialmente diseñado para esta tarea. Los propósitos específicos de los materiales preventivos son uno de sus valores y el sello distintivo de su utilidad.

De manera lógica, los esfuerzos de transmisión de las habilidades para la vida que forman el meollo de la prevención son inherentes a los proce-

sos educativos. Si a la educación le corresponde propiciar la incorporación de nuevos miembros a la sociedad para beneficio propio y de la sociedad misma, esto significa que deberá fomentarse un aprendizaje que permita anticipar las respuestas convenientes ante las situaciones de riesgo, las habilidades para encararlas y resolverlas exitosamente, y, en general, adquirir la fortaleza —entendida como saberes de ser y convivir— para enfrentar las adversidades. El proceso educativo formal que se realiza en las escuelas debe por ello hacer explícita su participación continua y sistemática en el ejercicio de modos de comportamiento que logren el autocuidado y promuevan el desarrollo humano. La escuela es de suyo un recurso preventivo y debe serlo con mayor conciencia y eficacia. No basta para esto incluir contenidos preventivos dispersos en los programas educativos, sino una actitud de focalización en los mensajes protectores de manera que atraviesen todas las esferas de la vida cotidiana e involucren a todos los miembros de la comunidad educativa, padres de familia, maestros y administradores incluidos y no restringiéndose a los estudiantes. Más abarcativamente, la *cultura de la prevención* irá lográndose en la medida en que la escuela y la familia como instituciones tengan mejor comprensión de las necesidades del desarrollo humano y puedan imponer a la vida cotidiana normas de convivencia que lo procuren, desterrando las que permiten la acumulación de riesgos. Ejemplos de ello se encuentran en la fórmulas de vida de los jóvenes: cómo se permite experimentar la sexualidad o el consumo de drogas, el uso que se da al tiempo libre, etcétera para no extendernos en las distorsiones de una vida consumista alejada de la comprensión de las necesidades esenciales.

Para los estudiosos, extender los beneficios de la prevención ha sido uno de los retos más importantes. Estimular y conducir experiencias cuya consecuencia sea un aprendizaje, el desarrollo de una habilidad, el logro de una competencia es un saber docente propio de la escuela que hoy día debe llevarse a otros contextos comunitarios y acceder a lugares donde las instituciones educativas tradicionales no existen ni resultan sostenibles. Una interacción que logre esos efectos de la escuela de manera que se pueda ampliar cobertura sin mengua de calidad es la aspiración de quienes exploran otras posibilidades, entre ellas el desarrollo de nuevas tecnologías educativas. Este es un campo promisorio, aunque deben vencerse diversas dificultades, desde actitudes resistenciales para incorporarse al uso y aprovechamiento de las tecnologías disponibles desde los propios docentes. Puede observarse que se desaprovechan las oportunidades que estos medios tienen de acercarse a otras fuentes de información, vía Internet por ejemplo, o no favorecen el intercambio de opiniones mediante foros y chats, o la consultoría y solución de dudas por parte de asesores por medio del correo electrónico. Naturalmente, es indispensable resolver la carencia de equipos o la existencia de programas obsoletos y mucho es lo que debe recorrerse aún para conseguir productos educativos que satisfagan todas las exigencias de rigor por

parte de los especialistas, y de pertinencia y acceso fácil y amable por parte de los usuarios.

Ciertamente, la prevención no es fácil. Se enfrenta a problemas complejos y las respuestas que debe ofrecer corresponden a esa complejidad. Para políticos irresponsables es la excusa para buscar *hacer cosas sencillas*, esas medidas que sabemos que no funcionan: simples conferencias, folletos, eventos, etcétera. Los estudios de investigación han concluido que la prevención es posible, pero hacer significativa la diferencia entre hacerla y no, corresponde a aplicar estándares de calidad (los que se aseguran por los modelos basados en evidencias), lo que exige mantener un rigor en el uso de los componentes (fidelidad al modelo), y obliga a hacer evaluación (del proceso, resultados e impacto). Por ello se ha mencionado que es mejor no hacer prevención si no es de calidad.

Un aspecto de gran importancia práctica que roza este punto de calidad y presupuestos disponibles y que debe contribuir a eliminar la simulación en el campo de la prevención es la necesidad de incorporar la prevención en las políticas de desarrollo. Debe vérselo como un contribuyente a la creación de capital social, no sólo por el incremento de la productividad en el trabajo y la disminución de factores que la inhiben (ausentismo y días perdidos por efecto del consumo de drogas, por ejemplo), sino por el efecto de empoderamiento en el sentido de incrementar la conciencia de realización y la determinación de lograrlo. Es pues asunto de fondo establecer vínculo con otros proyectos económicos y sociales al gestionar programas preventivos, pues si el desarrollo positivo del individuo y de la comunidad es lo que se procura, la suma de acciones en este sentido es conveniente y necesaria.

Precisar los contextos de la actuación del conocimiento científico y sus aplicaciones al campo de la prevención no se agota en lo dicho hasta aquí. Este ejercicio de reflexión debiera abrir un análisis más profundo sobre la fuerza de la ciencia para innovar y desarrollar soluciones para los temas preventivos. Hay que poner en juego el sentido autocrítico, por así decirlo, que encierra el método científico, con la objetividad de las evidencias para alejar de las decisiones los intereses caprichosos de quienes detentan el poder de decisión en los aparatos públicos; dar sustento a las políticas públicas sobre el reconocimiento de auténticas prioridades y no ignorancias encubiertas; hacer el gasto social en ellas, el ejemplo de esto está en la prevención que estando en boca de todos los políticos no tiene asignados presupuestos por lo que los programas preventivos dependen de la voluntad política que se ejerce en la circunstancia y no como resultado de un esfuerzo deliberado por conocer y precisar qué debe hacerse y cómo hacerlo mejor.

El conocimiento científico y sus aplicaciones prácticas en el campo de la prevención son muy prometedores. Posible y necesaria, debemos dedicar mayor esfuerzo en traer prevención a los hogares más modestos y a los puntos más alejados de la geografía. La posibilidad de servir se enriquece

con la verdad. La ciencia es la búsqueda de verdades; la prevención, el desarrollo de habilidades para la vida, saber para una vida verdadera, verdaderamente humana.

Notas

¹ Instituto de Educación Preventiva y Atención de Riesgos, AC (Inepar)

² Publicada en el suplemento especial conmemorativos del número 75 de la revista *LiberAddictus*, en octubre de 2003.